

Hoy es uno de esos días, en los que siento que cualquier cosa puede ocurrir. Dicen que las mujeres tenemos un sexto sentido, quizá este sea el mío, el de creer firmemente que hoy es el primer día del resto de muchos que le seguirán, y decido soltar esa mochila cargada de problemas, y aventurarme a ver qué es lo que puede suceder.

Es un sábado cualquiera, lo veo en los rostros de la gente con la que me cruzo. Unos están entusiasmados por la noche que se les plantea, otros hastiados por la compañía, otros simplemente resignados por ver cómo los demás disfrutan, mientras ellos deben ganarse el sueldo.

Quizá ese espíritu aventurero, que hoy me aborda, haga que mis pasos sean más firmes, que mi cabeza esté erguida, y mi espalda completamente recta, que una leve sonrisa se escapé de mis labios, y que la emoción me embargue durante mi trayecto hasta el bar de siempre.

Y allí estoy yo, sola, no porque quiera, sino porque mis amigas aún no saben cómo ralentizar el tiempo y llegar a la hora. Me pido una caña, y picoteo unos cacahuetes, que la camarera me ha puesto, para acompañar el amargo y atractivo sabor de una Mahou bien tirada. Las chicas comienzan a llegar, pero no me importó, ni por un segundo, estar sin compañía. Me había enfrascado en mis pensamientos, y estos no habían sido contaminados por las facturas y las obligaciones, sino por la luz tenue, la tranquilidad, un silencio inventado, y la cómoda postura que mi cuerpo había adoptado en aquella silla de madera.

Después de un rato de charla, más insustancial que otra cosa, deciden que es hora de ir a la caza. Para ellas, cazar no es más que repartir miradas a diestro y siniestro, y, como mucho, un par de besos y algún mordisco en un rincón lúgubre. A mí no me gusta cazar, pero tampoco ser presa. Adoro los juegos de miradas y sonrisas, la forma con la que mueven las manos las mujeres antes de acercarse a ti y preguntarte cualquier tontería, que puede hacerte mayor o menor gracia. Me encanta el arte del cortejo, ese que se ha ido perdiendo por la precipitada necesidad de sexo. Me gusta hablar, coquetear de una manera casi imperceptible, que su sonrisa y la mía bailen en sintonía, me gustan los roces casuales, y los que no lo son tanto, me gustan las mujeres que me retan en cada frase, las que con su ironía me sacan una carcajada, las que quieren ver lo mejor de mí, demostrarme lo que valen, y que la danza se convierta en una exposición de virtudes y defectos, de inteligencia sagaz, y de insinuaciones que te muestran hasta dónde pueden llegar sus manos esa noche.

Me coloqué como siempre, rodeada de las buitres de mis amigas. No es que no las quiera, pero no comparto ese modo de ligar que tienen, simplemente, no va conmigo. Nunca miro a mi alrededor, ni intento atraer a nadie con un gesto pícaro, quizá por eso no ligue demasiado. Pero esta noche está siendo distinta, me siento observada... No me gusta esa sensación, por lo que investigo de dónde puede provenir una mirada que irradie tanta energía como para sacarme de mi letargo. Y allí está, apoyada en la barra. Cuando nuestros ojos siguen la misma línea, ella baja la cabeza. Yo la

contemplo durante unos segundos más, y vuelvo a mi círculo. De nuevo tengo esa sensación, y de nuevo ella aparta la mirada. La verdad es que me está poniendo nerviosa, parece como si yo le resultara familiar, no estuviese segura y temiera que desvelara su homosexualidad a un grupo de conocidos inexistentes. No la conozco, y dudo que olvidara su cara. No es que tenga buena memoria, pero algo en su rostro me encanta.

Una de mis amigas se percata de la escena, y me sugiere que me acerque a ella. Por supuesto, yo me niego en rotundo. Ella se ofrece a acompañarme a pedir más cervezas a la barra, y así ver si es capaz de dar el paso. Acepto los términos, pero me asusta, en cierto modo, que pueda decirme algo, no sé si estoy preparada para una conversación con una mujer tan hermosa. No es que yo sea fea, soy normal, una mujer de pelo castaño, ojos marrones, estatura media y piel más pálida que oscura. Pero ella es realmente preciosa. Aparto de mí los pensamientos que me invaden y aseguran que siente atracción hacia mí. Nos dirigimos a la barra, Belén me hace un quiebro, para que no me quede más remedio que posicionarme junto a la muchacha. Y allí estaba yo, intentando reclamar la atención de la camarera, sin mucho éxito, mientras Belén se iba difuminando entre la gente. Lo había hecho, me había dejado sola ante el peligro. Conseguí, por fin, el par de botellines, y me di la vuelta, aliviada porque aquella situación se estuviera acabando. Había encaminado mi huida, cuando fui detenida por un brazo, que sostuvo el mío con suavidad. Era ella. La miré con cara de desconcierto, y pareció asustarse. Me quedé inmóvil durante unos segundos que parecieron años, pero, al fin, ella dijo algo.

— Me alegro de haberte visto de cerca — afirmó mientras me sonreía — Por cierto, el tacto de tu jersey es muy suave.

— Gracias — contesté, sin saber muy bien qué significaba todo aquello.

— Me llamo María.

— Encantada, María — respondí con premura.

— ¿No vas a decirme tu nombre?

— Sí, claro — afirmé, sintiéndome completamente idiota —. Me llamo Jimena.

— Un nombre con mucho significado. Muy castellano. Me gusta.

Su sonrisa era tan perfecta, que no podía despegar mis ojos de sus dientes. Sabía que mirar tanto una boca significaba que quería besar a esa persona, pero no era el caso, o eso me repetía a mí misma. Belén regresó, le tendí su cerveza, y continué hablando con María. Sin duda, además de bella, era interesante. No es que la noche se preste mucho a conversaciones políticas, pero ella me atrapaba con sus palabras, con su entusiasmo, y yo me dejaba guiar. No es de esas personas que creen tener la razón suprema, y me dejaba alegar mi postura, calculando sus palabras, y aceptando mis pensamientos. Respetuosa, pensé, eso sí que es raro, y me encanta.

La noche proseguía su curso. Con cada palabra, yo estaba más enganchada a ella, a ese rumor que

oía de fondo, y acompañaba a sus frases, como un coro. Hasta su voz era idílica, y sin gritar, destacaba entre el gentío. Quizá pasó mucho tiempo antes de que ella decidiera, por fin, besarme. Fue un beso largo, tierno, dulce... No uno de esos que se dan en un bar, a una desconocida, sino de los que se entregan con todo el cariño que una tiene. Sin duda, aquella mujer me estaba fascinando en exceso, y deseaba que la noche no acabara nunca, pero no tengo el poder de alargar las horas, y pasaron entre mis manos, más rápido de lo que hubiera deseado. Las luces nos invitaban a marcharnos. Con ellas, la temida despedida o posible propuesta de continuar más allá de la ropa. Me despedí de mis amigas, que sonreían por mi “sorprendente adquisición” (así fue como la definieron). Regresé junto a María, que me esperaba en la puerta. Encendió un cigarro, y me tendió otro.

— No sé muy bien cómo va esto, pero quiero ser te clara. Me gustaría que esta relación no acabara aquí. Quiero que me acompañes a casa, no tiene que pasar nada, pero deseo sentir los primeros rayos del sol junto a ti.

— Me parece la mejor forma de empezar un domingo.

Paré un taxi. Nos bajamos junto a uno de esos edificios modernos que plagan la periferia. María me guiaba por el laberíntico jardín que protegía el complejo. Subimos al ascensor, sin dejar de besarnos. Entramos, y no encendió la luz. Pensé que quería desnudarme con rapidez, pero ella se alejó, y me dejó, a oscuras en la entrada.

— ¿Puedes encender la luz? No veo nada, y no sé ni dónde estás.

— Perdona, es la costumbre.

— ¿Tienes por costumbre recorrer tu casa así o solo lo haces cuando tienes invitados para que rompan algún jarrón?

La luz se hizo, y María se acercó a mí, besándome tan suavemente como lo había hecho el resto de la noche, pero me supo de un modo distinto, quizá a miedo o a algún tipo de recelo.

— Debí decírtelo, pero supuse que te habías dado cuenta.

— ¿De qué? — pregunté confusa.

— De que no veo. Bueno, algo sí veo, conservo un 10% de visión.

— Pero... — recapitulé —, vi cómo me mirabas en el bar.

— Te intuía. No sé, fue una sensación rara, eras una sombra que me atraía.

— Entonces, ¿no me ves?

— Más o menos. Veo algo de cerca. De lejos, todo es borroso. Siento no habértelo dicho antes — se disculpó escondiendo su cabeza entre los hombros —, y comprendo que quieras irte.

— ¿Irme? Yo no te he contado que me sale soriasis en la nuca cuando me pongo nerviosa...

Me sonrió, y continuó besándome.